

Tertulia filosófico literaria con Fernando Sempértegui Ontaneda

Iván Oñate

En España, más precisamente en la ciudad de Madrid, alcanzaron fama internacional las tertulias literarias de Rafael Montesinos. Bastaría mencionar algunos nombres para tener una idea del altísimo prestigio que alcanzaron: Borges, Neruda, Jean Cocteau, Rafael Alberti, Camilo José Cela, Severo Ochoa, entre otros célebres contertulios. En el año 2019, tuve la fortuna de ser invitado a reabrir dichas tertulias que habían permanecido cerradas por más de una década. En esa inolvidable velada, frente al público madrileño, me entrevistaron Marisa Calvo viuda de Montesinos y el poeta valenciano Rafael Soler.

En esta ocasión, he querido rendir homenaje a las tertulias literarias de Rafael Montesinos, pero también a las otras y sencillas tertulias literarias que se realizan en cualquier café, de cualquier ciudad latinoamericana o europea y, para esto, he invitado al actual rector de la Universidad Central del Ecuador, el doctor Fernando Sempértegui Ontaneda, para mantener el presente diálogo.

—Julia Kristeva, una famosa semióloga búlgara en los años setenta, destacó el importante papel de la madre en la formación lingüística y prelingüística del niño. ¿Qué opinión te merece?

—Bueno, en esta reflexión sobre el lenguaje, la madre tiene una riqueza de implicaciones filosóficas y científicas indiscutibles. Se ha avanzado mucho para comprender el desarrollo cerebral dentro del útero. Desde la semana 20 del embarazo empiezan las conexiones entre las neuronas. Eso se llama arborización dendrítica. El árbol celular y el patrón de la arborización dependen de cómo el feto se relaciona con el entorno y ¿de qué entorno hablamos? Primero, del entorno materno. Es una unión emocional profunda, entre el hijo y

la madre, ya que en el útero contribuye a conformar la riqueza de esta arborización dendrítica. Y, por supuesto, se conoce que conforme el feto avanza en el desarrollo, es más sensible a otros estímulos más allá de la relación materna, hablamos ya del contexto familiar. De las emociones del contexto familiar. De otros componentes de la vida familiar, como puede ser la música. La música es un lenguaje que comunica al feto elementos suscitadores del desarrollo cerebral. Y hay evidencias que sugieren que así se instaura una impronta que dura toda la vida acerca de la sensibilidad para la música en general y para cierta música. Entonces, el primer lenguaje al que accede esta criatura en desarrollo es el lenguaje de las emociones, de la relación con la madre y con el entorno. Los diálogos familiares, las tensiones, la vida familiar y si hay música de fondo, ni se diga.

—Mauthner, un filósofo que gustaba mucho a Borges, decía precisamente algo parecido a lo que señalas, que el lenguaje está hecho más para la poesía, para transmitir emociones y no tanto para transmitir conocimientos. ¿Qué opinas?

—La vida se desenvuelve dentro de un lenguaje que es construido históricamente y que, dinámicamente, se transforma, se enriquece y se desarrolla. O, en ciertas circunstancias, puede extinguirse. Mira. ¿Cuántos lenguajes han desaparecido a lo largo de la historia, mientras han prevalecido otros? Esa es una maravillosa historia, acerca de la vida cultural de la sociedad. Recientemente leía un libro sobre el griego original. ¿Cómo sonaba el griego primigenio?, nadie lo sabe. En alguna comarca de Grecia parece que hay alguna sobrevivencia, alguna resonancia del griego original. Pero, aun así, se admite que está distante de esa expresión sonora del griego original. Cómo se leía en su tiempo el poema homérico, la *Ilíada* y la *Odisea*, no sabemos. Porque el griego actual moderno es una transformación histórica del griego original, atravesado por otros lenguajes, por la relación de Grecia con el contexto, con el escenario del mundo, como se lo conocía entonces. Creo que Foucault sostiene que es inevitable que pensemos dentro del lenguaje. Heidegger, también dice que en la palabra reside el ser. De otra manera, yo entiendo que existir, existir como ser, como humano, es una realización del lenguaje. Es decir, no podemos expresarnos si no es en este vehículo que es el lenguaje, en el sentir de lenguaje y como dice Deleuze, el lenguaje está más allá del texto y es una vibración, una onda que vibra sobre las palabras, una sutileza que rodea a las palabras: “el sentir del lenguaje”.

—¿Entonces, en otros idiomas existirían otros sentires, otras vibraciones?

—Según Deleuze, el lenguaje está más allá del texto. Es una vibración, una onda que se mueve sobre las palabras. En este sentido, el lenguaje no es solamente lo que escuchamos cuando alguien se expresa, sino algo que está más allá. En la sutileza.

Sutileza que se comunica en los textos, ya sea escritos o hablados. Deleuze, repito, habla del sentir del lenguaje.

—**Vuelvo con mi pregunta, ¿en otros idiomas, existen otros sentires, otras vibraciones?**

—Este es el problema de traducir textos. Las traducciones de los textos científicos conservan una fidelidad al texto original porque allí hay un cierto lenguaje común. Pero en los lenguajes poéticos, por ejemplo, o en los filosóficos, cuando se movilizan de una lengua a otra, nunca son los mismos.

—**«Traduttore traditore», traductor traidor como sentencia la lengua italiana, aunque en esa lengua suena un poco más suave, fonéticamente atractiva, más traviesa y no tan directa y acusatoria como en el español.**

—Sí, porque el traductor desde su comprensión, aunque quiera adherirse rigurosamente al original, incluye e influye en el nuevo texto. Por eso, cuando autores como Borges, que dominaba el inglés y creo que también el francés, él podía revisar las pruebas en inglés, en francés y en español, entonces cuidaba que su idea se mantuviera en las traducciones, pero cuando el traductor está muy independiente del autor, comienzan los problemas. Por eso es tan difícil encontrar dos idénticas traducciones de Hamlet, en las obras de Shakespeare. Yo tengo un par de obras de Shakespeare, de Hamlet concretamente, de dos traductores. No son las mismas. Son diferentes. En la una vibra el soliloquio de Hamlet que, según el autor del Canon de Occidente, Harold Bloom, inaugura la presencia de lo humano en la literatura. Esa vibración, yo no la detecto en otra traducción que también tengo. Mientras en la una vibra ese soliloquio, en la otra pierde fuerza, pierde vigor. Entonces, mira cómo el lenguaje que atraviesa las culturas, de todas maneras, impregna en cada cultura una sensación local, una experiencia local, una trayectoria local que es difícil de transmitir sin que pierda ese sentido, esa impronta, a otros lenguajes a otras culturas. De manera que la traducción, entonces, muestra como el lenguaje universal, de todas maneras, tiene sus especificidades y que esas especificidades no pueden ser atrapadas, sino solamente intuitadas.

—**Se dice que es imposible traducir poesía, traducir es recrear esa poesía.**

—Sin embargo, creo que no es imposible traducir poesía, es imposible conservar la emergencia original de la propuesta poética, claro, es un reto tremendo para el traductor.

—***¿Será porque cada lenguaje, crea otra realidad?***

—Bueno, una lectura de Kant va por ese camino. Con la palabra, con la designación, brotan los objetos. Y, claro, se ha señalado esta propuesta como una visión idealista. Kant decía que nombrar crea a los objetos, en el sentido de que un objeto tiene una designación y esta designación ya está en nuestra mente y esta designación nos permite reconocer el objeto. Y da igual una mesa que tiene cuatro patas, que una que tiene tres, sabemos que es mesa porque en nuestra mente está la estructura fundamental del concepto. Entonces, ¿cuál es el mundo para cada persona? Es lo que puede nombrar. Lo que puede reconocer. ¿Significa eso entonces que hay infinitos mundos individuales, porque la experiencia cultural y de designación, pertenece al individuo? Esta es una pregunta profunda. Es cierto que el diálogo, la comprensión del diálogo depende de la simultánea comprensión de lo que se expresa. Eso significa que hay una sintonía de los mundos percibidos recíprocamente en el diálogo, de lo contrario, el diálogo se extraviaría. En consecuencia, para cada persona, viene bien decir que su finitud está circunscrita al lenguaje que domina y que le permite comprender el mundo en el que se desenvuelve. A mí me fascina esta reflexión filosófica, creo que Einstein señalaba algo parecido.

—***¿Entonces aquí vendría la pregunta, existe una realidad afuera de nosotros?***

—Claro que la versión materialista, entre comillas, dice que hay un mundo externo a nuestra mente. Mientras no podamos nombrar los componentes de ese mundo, de ese universo, simplemente no podemos decir que existen, sino intuir que posiblemente existen planetas, que hay vida en el cosmos. ¿Somos un acontecimiento único en el universo? Muchos queremos pensar que no es así, por las probabilidades, ahí entran las matemáticas como parte del lenguaje. Por estimaciones probabilísticas, debería haber un mundo habitado por criaturas inteligentes, pero no lo sabemos. Porque las matemáticas de las probabilidades también tienen su límite y su margen de error. Einstein también decía que el infinito es una forma de decir lo que no conocemos.

—***Entonces, retomando tu historia. ¿Cuándo comienza tu inquietud por la lectura, en una conversación anterior me enteré de que el primer libro que leíste fue *El último de los mohicanos*?***

—Bueno, creo que compartí contigo, en otra ocasión, que mi madre había guardado una pequeña biblioteca personal. Mi madre había estudiado hasta el colegio, que era mucho en ese tiempo, porque las mujeres no tenían, a veces, ni primaria. Y a ella siempre le gustó mucho leer, tenía una pequeña biblioteca, los libros con su firma.

Desde muy temprano nos ponía retos de lectura, como leer el periódico. Recuerdo que a los cinco años me dejó el periódico y me dio un párrafo para que lo repase y después lo lea en voz alta. Sí, el diario *El Universo*, que es el que llegaba a Loja desde Guayaquil, por la cercanía. Con esa letra menudita del diario *El Universo*, pues yo me afané con ese párrafo. Y, por supuesto, al leerlo para mi madre, titubeaba al seguir los renglones. Aún no alcanzaba la comprensión de los conceptos.

—Te preguntaba tus inicios como lector, porque al observar, el día de ayer, que llevabas un par de tomos de tus lecturas, me alegró observar los subrayados y anotaciones al margen que tenías de un libro de Martín Heidegger y nada menos que en inglés. El otro libro era un grueso tomo de Michel Foucault, también subrayado muy meticulosamente con marcador amarillo. Precisamente, la pregunta viene de la mano de Foucault. Dice que su libro *Las palabras y las cosas* nace de una lectura de Borges, de «El idioma analítico de John Wilkins», donde se menciona una curiosa enciclopedia china, donde los animales están jerarquizados de una manera insólita, absurda, hasta me atrevería a decir ridícula. Por recordarte algo: animales que pertenecen al emperador, que acaban de romper el jarrón, que de lejos se ven como moscas, embalsamados, etc. Pregunto, entonces, ¿la jerarquización, dentro de la que nos desenvolvemos en nuestro idioma, en nuestra lengua, es menos arbitraria? ¿Más correcta?

—El mundo en el que nos desenvolvemos es un mundo designado. Es decir, tiene nombre. Con los nombres, los objetos emergen como realidad pensada. Si no hubiese el nombre para referirnos al árbol, ¿existiría el árbol? ¿Es el árbol un nombre o un objeto? Yo creo que el nombre se fusiona con el objeto y acontece el objeto en la mirada humana. Por eso, Einstein decía que para cada persona el universo se limita a lo que puede nombrar, a lo que puede articular. A lo que puede pensar en grados de complejidad creciente que es avanzar ya, a la construcción de conceptos y de juicios. Y eso me lleva a *Zaratustra*, de Nietzsche. A ese momento en la alta montaña, cuando Zaratustra era el último hombre. Toda la humanidad había sucumbido a la hecatombe y él reflexiona: conmigo se extingue el lenguaje humano y entonces todo el universo conocido desaparecerá. Para referirme a *Las palabras y las cosas*, si no hay quien nombre los objetos del universo, entonces no puede ser una realidad y, en consecuencia, una realidad pensada. Una realidad nombrada y pensada. No recuerdo, pero alguien decía que, en este sentido, somos creadores del universo y, por supuesto, hay como dos lenguajes que convergen: el lenguaje de las palabras, de las construcciones gramaticales y el lenguaje de las matemáticas. Un matemático pensador decía que Dios creó los números. ¿Pero a qué Dios se refiere? ¿Se refiere al omnipotente ser que atisbamos los humanos desde las culturas primigenias o se refiere al hombre? Yo no pude penetrar en el sentido de esa frase. Parecía referirse a ese

Dios vislumbrado como potencia universal. Pero yo pensé que se refería al hombre, creador de las matemáticas. El lenguaje que ha permitido comprender el universo, el cosmos infinito, penetrar el cosmos infinito. Matemáticos con los que he podido departir recientemente, dicen que la realidad es matemática. Que el hombre extrajo de la realidad, la construcción abstracta de las matemáticas. Que, en la armonía de las formas de vida, yace una construcción matemática y que los grandes fenómenos del universo, en realidad son ordenamientos matemáticos. Es decir, que el universo vendría a ser una construcción matemática. Para el pensamiento, resulta un reto inconmensurable, esta nueva comprensión. Yo me aferro todavía a la idea de que el hombre creó los números, y con eso pudo llegar a entender el universo. Como decía el mismo Einstein, las matemáticas son una metafísica porque permiten explicar el universo, sin investigación empírica previa. Construida matemáticamente y lo maravilloso de ese pensamiento, del poderío de ese pensamiento, es que el universo empírico ha podido ser percibido a partir de la teoría matemática creada por Einstein y por su predecesor Lorenz, y a partir de esa poderosa teoría matemática, de la comprensión del universo, se han desarrollado tecnologías como el láser que es un instrumento empírico concreto, de experimentación fáctica. Pero esas son derivaciones de esa teoría matemática. En general, las ciencias empíricas operan al revés, primero hacemos experimentación empírica y a partir de eso construimos la teoría. Pero la teoría del electromagnetismo de Lorenz y las teorías de la relatividad de Einstein son formulaciones matemáticas.

—Pero tengo entendido que Einstein no era muy amigo del azar, de las probabilidades.

—Sí, pues, Einstein era un determinista. Para él, la causalidad refería las predicciones de los acontecimientos y, si se reunía un conjunto de hechos precedentes, debía esperarse un desenlace, la predicción. Y esa visión de Einstein contendió fuertemente con la visión cuántica de las probabilidades. La teoría determinista fue puesta en cuestión por los cuánticos de la probabilidad, encabezados por Max Born, contemporáneo de Einstein, violinistas los dos. Se reunían en la casa del uno y del otro a interpretar música clásica con sus violines, pero en el ámbito de la teoría física eran rivales. Max Born representaba esa corriente no determinista, la corriente probabilística de los fenómenos, sobre todo de los fenómenos de las partículas elementales. Allí no se podía predecir la caída de un átomo, de una masa de átomos, lo que se podría era predecir la probabilidad de que una parte de los átomos decayera. Einstein no resistía esa alternativa, porque para él la famosa expresión «¡Dios no juega a los dados!», quedó grabada como su punto de vista frente a los probabilísticos. Pero los probabilísticos al fin, tuvieron la razón.

—**¿O sea que Dios, sí juega a los dados?**

—La investigación de las partículas elementales muestra eso, que los fenómenos en este plano son probabilísticos. Y lo que tú dices, que el electrón es materia y al mismo tiempo energía y se comporta como partícula o como onda. El famoso gato encerrado de Heisenberg. Entonces, es fascinante que, en el plano de las partículas elementales, el determinismo pensado por Einstein no se ve, sino que tenemos fenómenos probabilísticos. Esto es maravilloso y abismal. ¿Cómo estas partículas elementales, que son materia o energía, construyen cuerpos complejos como el cuerpo humano, que tiene una fisonomía dada, que ocupa un espacio determinado y que tiene una identidad, pero en realidad es un agregado de partículas elementales que no son ni materia ni energía? ¿Cómo se organiza este cuerpo complejo? ¿Cómo es que adquiere una coherencia de funcionamiento? ¿Y cómo sobre este cuerpo, se erige una mente capaz de reflexionar sobre su propia constitución atómica de materia y energía? He ahí la maravilla abismal. Pero eso es lo que todavía no hemos podido dilucidar.

—**¿El ojo del pintor Velásquez, en el libro de Foucault?**

—Esa perspectiva de Foucault se refiere ya a la mirada. Es decir, todos estamos inscritos o lanzados al mundo como lo dice Heidegger. Pero el mundo no es igual para todos, porque cada mundo encierra una mirada subjetiva.

—**¿Ver es opinar?**

—O pensar es saber preguntar. La subjetividad nos permite tener una mirada del ser y del mundo en el que interactuamos. Pero la mirada y la subjetividad también son una construcción de la interacción. Del reconocerse en el otro. El reconocerse, el reconocimiento es una categoría tan cara a Hegel. La lucha por el reconocimiento.

—**¿Que decía Hegel, al respecto?**

—Cada sujeto en la vida está empeñado en una lucha por el reconocimiento. Poder reconocerte singular, en la interacción con el otro. Es decir, tu singularidad no puede existir si no existe el otro. Tu singularidad se construye, porque interactúas con el otro. Esa es una categoría que ahora es de riquísima exploración filosófica. Hay un filósofo joven de la escuela de Frankfurt, se llama Axel Honneth. Este reflexiona sobre la lucha por el reconocimiento y dice que la lucha por el reconocimiento marca la vida de las sociedades, pero tiende a decaer en las sociedades modernas. Porque en las sociedades modernas, el hombre tiende a aislarse, a ser solitario. A plantearse metas y perspectivas a partir de una soledad, soledad profunda, y eso trunca lo que es fundamental, la lucha

por el reconocimiento. Es decir, eso empieza a borrar las singularidades y a convertir lo humano en una masa estandarizada. Me encanta el libro de Axel Honneth, lo último de la escuela de Frankfurt, me parece que es un discípulo de Habermas. Aunque no es tan reciente, pues hace unos años cayó en mis manos este libro, tomado a partir de la categoría del reconocimiento hegeliano y puesto en perspectiva: Hegel, en el contexto de la modernidad y de la borradura de la singularidad, porque el otro tiende a extinguirse.

—**Rimbaud, un poeta que tú admiras dijo «Yo soy los otros», inaugurando así la epistemología moderna, ¿qué diría ahora, con eso de la extinción del «otro»?**

—Claro, Arthur Rimbaud, «Yo soy los otros» es la epistemología moderna, pero no es la epistemología de la posmodernidad, en la que la singularidad tiende a borrarse, tiende a perderse. En la posmodernidad, el otro empieza a perderse y, por tanto, la lucha por el reconocimiento queda entre paréntesis y la singularidad tiende a extinguirse y nos movemos como una masa estandarizada.

—**Interesante**

—En torno a esto, también podríamos referirnos a otros pensadores como Simón Baumann, con esto de la sociedad que fluye como agua.

—**¿La sociedad líquida?**

La sociedad líquida, una alegoría acerca de lo mismo que estamos reflexionando. La filosofía de Baumann es mucho más liviana, no alcanza la profundidad de otros pensadores: Heidegger, Kant, Hegel, que han iluminado muchísimo el pensamiento y la reflexión acerca del sentido del Ser. Como Slavoj Žižek, casi en un parangón con esto de la borradura de la singularidad, cuando dice: ¿A dónde vas Edipo huérfano de toda ética? Desapareció el padre. Es un pensamiento increíble, muy movilizador, que debe estar en la reflexión académica.

—**Pero eso, antes que Žižek, ya lo dijeron los griegos y precisamente con el mito de Edipo. Julia Kristeva habla de cómo las reglas del lenguaje representan al rigor del padre. Al comienzo de su vida, el niño vive una relación idílica con su madre, sin reglas. El niño o niña vive en un paraíso «poético», que ella denomina semiótico. Pero, entonces, a los tres años de edad, aparece el padre con sus leyes sintácticas, semánticas y pragmáticas. La ley del sujeto, verbo y predicado.**

—Claro, claro. La desaparición del padre. ¿A dónde vas Edipo? Es una analogía de la posmodernidad, huérfana de ética. Porque la que comunica el lenguaje, cuando

el niño sale al mundo, es la madre; el verdadero lenguaje, digamos, el lenguaje poético. En nuestras sociedades y en la nuestra en particular, la madre es la autora principal de la construcción lingüística en los primeros años, por la cercanía. Vivimos todavía un distanciamiento del padre y el padre representa el disciplinamiento, según este filósofo checo Zizek. Y, de acuerdo con este filósofo, la autoridad del padre se está perdiendo y en la medida en que se extingue la autoridad del padre, las referencias éticas se extravían y emerge esta sociedad del relativismo, donde todo puede ser válido según las circunstancias. Desde luego, esta es una alegoría que pone en cuestión al Estado moderno, incapaz de generar una ética rectora porque es excluyente, fuente de normas que no penetran el desafío de la justicia, de la equidad. De allí este nuevo Edipo, ya sin sujeción. Y la pertinencia de la pregunta: ¿A dónde vas Edipo? Que es más o menos: ¿A dónde va la sociedad? ¿Cuál es el norte, la inspiración, el sentido de la vida social? ¿Por qué la juventud desemboca con más frenesí en la búsqueda de sensaciones y de imágenes más allá de la realidad que los rodea? ¿Por qué esa apelación a las drogas? Drogas cada vez más complejas cuando se pasa de los productos naturales, como el opio, la marihuana y la misma cocaína a las drogas sintéticas, que están devastando a todas las sociedades del mundo. ¿Qué pasa con esta sociedad casi nihilista, que es la sociedad posmoderna? ¿Cómo revertir? ¿Cómo reinstaurar la autoridad, la supresión básica e inicial? Porque, nos guste o no, Freud tiene razón: son las experiencias iniciales las que sellan la personalidad. En una maravillosa novela García Márquez dice que somos paridos muchas veces, no nacemos una sola vez, sino que somos paridos muchas veces. Pero, aunque seamos paridos frecuentemente, hay una trayectoria básica que se sostiene. He allí un escenario interesantísimo. Cada uno tiene su historia, su vida.

—**En una ocasión anterior, recuerdo, te mencioné a un científico norteamericano que, inspirándose en Borges, declaró: ninguna computadora superará a la mente humana, porque las computadoras no tienen capacidad de olvido. Hace poco, leí un ensayo de Jacques Lacan, donde mencionaba el cuento de Borges «El jardín de los senderos que se bifurcan». Mientras tú hablabas de Max Born, de Einstein, de la probabilística, de universos paralelos, fue inevitable que recordara a Borges. ¿Qué opinas de él?**

—Bueno, yo comparto tu admiración por Borges. Porque desde la poesía, conduce al lector a unas reflexiones insondables, que en el fondo son reflexiones sobre el ser. Son filosofía. Este cuento que mencionas «El jardín de los senderos que se bifurcan» es una maravilla. Si uno lee el sentido de cómo el caminante tiene que tomar opciones. Una vía o la otra. Y cómo la decisión de tomar un camino u otro, lo conduce a otro universo. Universo donde, a su vez, se encuentran otros caminos que se bifurcan nuevamente. Esto puede referirse a un individuo en particular o una sociedad

en su conjunto. En otras palabras, ¿será que el azar lanza a los universos que habitamos? ¿O es que nosotros, sujetos del azar, construimos esos universos? Eso subyace en este cuento de Borges, maravilloso como otros que tiene, «Tlon, Uqbar, Orbis Tertius», donde creó un planeta con sus habitantes, su lenguaje. Bueno, el potencial de reflexión de Borges, para mí, es infinito. Y lo que tú dices, en ese sencillo cuento «El jardín de los senderos que se bifurcan» está plasmada toda una filosofía sobre el destino del ser.

—Plasmada estéticamente, por cierto.

—Fíjate ahora, la poesía es la música. Una música que se refiere a lo humano. A la vivencia de lo humano. A la pertinencia de lo humano. Y la poesía, vista desde esta perspectiva, es matemática. Y volvemos a lo mismo. Que la armonía del universo es una construcción de la matemática. Las matemáticas son poesía. Me parece que hay un filósofo que dice eso, no sé si es Heidegger, este tiene un libro en inglés que pesqué recientemente: *Poesía, trabajo del arte y pensamiento*. Es un libro arduo, para mí, porque está en inglés. Y Heidegger en inglés es complicado. Pero allí, Heidegger llega a afirmar que toda la construcción del mundo que pasa por el pensar y el nombrar, es arte poética. Ah, y en ese libro descubrí que él era poeta. No sabía que Heidegger era poeta. En este libro hay un preámbulo largo, con sus poemas

—Entonces, ¿era verdad que la poesía es la casa del ser?

—Este libro, sobre el pensar, el lenguaje y el arte, es eso. Es impensable que el pensar el mundo abstracto que el hombre ha construido no emane de su potencial básico, de ser una criatura corpórea, con su cerebro, y que con este cosmos del que disponemos nosotros, podamos discernir el cosmos en el que habitamos. Somos cósmicos en constitución. Cuando reflexionamos sobre cómo se organizan las partículas elementales que no son materia ni energía en un cuerpo tangible, medible, que ocupa un espacio.

—Hablando de espacio, en uno de sus ensayos, Jacques Lacan subraya la importancia del espacio en uno de los cuentos de Edgar Allan Poe: «La carta robada». En el cuento se trata de encontrar una carta que fue robada, pero se sabe que está oculta en ese mismo espacio, en esa misma oficina o despacho. Hay que encontrarla. Contratan a dos prestigiosos investigadores científicos, que lo primero que hacen es subdividir el espacio en cuadrículos que se irían rastrillando, uno por uno, sin que se les escape ni un milímetro de espacio. No la encuentran. Contratan a un investigador, más bien poeta, y este sí la encuentra. Estaba en el sitio más obvio, delante de sus narices, en el escritorio. Quien la robó, no tenía el tiempo como para ejercer un ocultamiento tan demencial

como el de los investigadores, fue rápido. El investigador poeta utilizó la variable tiempo-espacio. Quiero decir con esto, que una vez más el arte antecede a las ciencias, a tan ilustres filósofos. Sin embargo, en nuestro medio, al arte no se le ha concedido tal prestigio.

—Bueno, la construcción artística está expuesta a la observación y al juicio. Y a la apreciación estética. Y en cada momento hay una cultura que juzga a las obras de arte. ¿Por qué Van Gogh no fue apreciado por sus contemporáneos? ¿Qué atravesaba la mirada cultural de ese momento que no vieron el arte en las obras de Van Gogh? ¿Cuál fue la mutación social que permitió descubrir arte en las obras de Van Gogh? ¿Qué pasó en Europa, en el giro de ese siglo? ¿Por qué ese impresionismo violento de Van Gogh, vino a ser de goce estético? La cultura europea que confiere valor artístico a Van Gogh, es una cultura de un período de paz después de una prolongada guerra europea. Las obras de arte de Van Gogh están inscritas en las turbulencia de esos momentos y expresan esa violencia de rasgos y de colores. Cuando gira la sociedad europea a un tiempo de paz, se serena el ánimo. Ahí, se aprecia a Van Gogh, porque les está mostrando el fragor de la vida del pasado y la importancia de la paz. En cierto modo, esta es una apreciación mía. Porque siempre me pregunté, porqué giró la cultura hasta apreciar el arte de Van Gogh. Entonces, el arte que se inscribe en la percepción estética de la cultura social también está expuesto a las tensiones del poder que vive esa cultura. La sociedad está atravesada por tensiones de poder y las tensiones de poder generan miradas y las miradas juzgan la creación.

—El poder del que habla Foucault, ¿más que el castigo, busca el temor?

—Exactamente, lo que él llama, la microfísica del poder, hay pequeños poderes que operan cotidianamente y, por supuesto, hay macropoderes que someten. Yo diría que existen de todas maneras poderes que rebasan esta cotidianidad en la familia, en el trabajo y son los poderes que atraviesan la sociedad en su conjunto, la penetran, todos los poderes del estado, los poderes de los modelos de la cultura y, por lo tanto, así se construye la mirada estética y los artistas no pueden ser ajenos a eso. Tienen que revelar lo que viven y su inserción debe ser tanto en los micro poderes como en los macro poderes que atraviesan la sociedad. Entonces, la visión estética es histórica, así como la creación artística, una maravilla. No es lo mismo decir que el arte debe ser comprometido con una causa, esa es otra visión, esto es distinto. Aquí, lo que estamos diciendo es que toda sociedad tiene una mirada, una mirada que es construida y atravesada por los poderes.